
Irene Herner*

Los fundamentos inconscientes
en los MEDIOS DE
COLECTIVA COMUNICACION

El proceso de la comunicación es un asunto entre significantes, en el que los individuos —incluso los de carne y hueso— aparecen en el lugar de palabras, de elementos de una especie de alfabeto. Ocupan lugares, no son más que ubicaciones. La polisemia que caracteriza a las palabras, busca un sentido de univocidad en los procesos comunicativos, que sólo es posible (y de forma relativa) a través de esta relación signifiicante; de esta unión y desunión de palabras y otros elementos que adquieren sentido sólo en función del lugar que ocupa cada elemento y cada sujeto del engranaje del lenguaje.

Es curioso que una pueda escuchar los discursos más soeces, con cargas de odio mortal, pronunciados por boca del mismo amante que unos minutos después pronunciará los juramentos de amor y de fidelidad más tiernos a la misma amada. ¿Cuál de los dos discursos es el verdadero? ¿Detrás de uno ya se encuentra el otro? ¿El primero esconde al segundo o viceversa? ¿Y no puede ser, también, que ambos discursos sean encubridores de un tercero? ¿No es acaso cierto —desde el punto de vista del psicoanálisis— que el ser humano comienza a hablar y a constituirse en yo a partir de la denegación?

A través de la conceptualización de la denegación llevada a cabo por Freud, queda clara la implicación del proceso de la comunicación con el del lenguaje.¹ La denegación se da como la capacidad humana de con-

* Profa. de la FCPS, adscrita a la Coordinación de Estudios de la Comunicación.

¹ Sigmund Freud, "La Negación" (Die Verneinung: La Denegación), Madrid, *Obras comple-*

quistar la separación entre la función intelectual y el proceso afectivo. El origen sicológico de la función intelectual del juicio implica “negar o afirmar contenidos ideológicos”. “Negar algo en nuestro juicio equivale en el fondo —dice Freud— a decir: ‘esto es algo que me gustaría reprimir’.”

Para construir su teoría sobre la denegación Freud se basa en las asociaciones libres producidas por sus pacientes en el diván. Descubre la denegación como la característica del sujeto humano, que le permite dejar pasar a la conciencia contenidos reprimidos, a condición de negarlos, de tal manera que lo reprimido se alza sin que el que habla lo reconozca ni lo asuma. Puede mencionarlo, decirlo, referirse a ello, sin comprometerse con sus palabras; o sea, sin superarlo en tanto elemento de lo reprimido. La verdad aparece, entonces, como mentira del sujeto, aunque sus palabras sean ciertas y verdaderas. “¿Me pregunta usted quién puede ser esa persona de mi sueño? Mi madre desde luego no”, cuenta Freud respecto a la libre asociación de un paciente, y asevera: “se trata seguramente de la madre”.

“La función del juicio —continúa Freud— ha de tomar esencialmente dos decisiones. Ha de atribuir o negar a una cosa, una cualidad y ha de conceder o negar a una imagen la existencia en la realidad”. Algo es o no es para mí, pero también existe o no existe como imagen independiente de mí.

El entronque del recién nacido con el universo del lenguaje es conflictivo. Por un lado, éste ya se ha decidido para él mucho antes de nacer, incluso en la elección de su nombre. Se ha elegido para él, en tanto lo ubica de antemano, reservándole un lugar concreto dentro de la sociedad. Y esto predetermina buena parte de lo que será su vida individual y sus opiniones sobre la misma. Por otro lado, no es un procesos automático y varía en cada caso. Es el camino que la humanidad recupera de forma inconsciente cada vez que nace una nueva de sus criaturas. La entrada de cada ser humano en el lenguaje es cosa mítica; algo que se realiza sin que se haya desglosado el misterio de su origen. Es posible a partir de un corte que establece la estructura de los opuestos como el terreno factible y fertilizado del habla.

El recién nacido absorbe y expulsa en un proceso natural de sobrevi-

tas, Tomo 3, pp. 2884-2887. Traducción Luis López-Ballesteros y de Torres, Biblioteca Nueva, 1973.

Jacques Lacan, “Introducción y respuesta a una exposición de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”. En *Seminario I, Los Escritos Técnicos de Freud. (1953-54)*, Madrid, Paidós, primera edición en español, 1981, pp. 87-103 y en *Escritos 2*, México, Siglo XXI, primera edición en castellano, 1975, pp. 130-160.

Apuntes sobre el tema, tomados durante los cursos sobre teoría del psicoanálisis ofrecidos por la Escuela Freudiana de México (1981-85).

vencia todo aquello que lo integra o lo rodea. No hay diferencias. No ha nacido el humano con capacidad alguna para establecer un juicio en forma natural. No hay en su cabeza, ni se ha localizado en ninguna parte, esa especie de *cassette* o grabación que hace a la mayoría de los animales saber que la teta de la madre está ahí para alimentarlos. En el hombre, al principio, no hay nada, ni siquiera esa sapiencia mínima para sobrevivir. Todo en el hombre ha de establecerse en el momento de su estructuración y su entronque en el lenguaje. El corte que instituye los opuestos: afuera-adentro, bueno-malo, originado a partir del proceso inicial de absorción y expulsión, especialmente el que se da en la alimentación, es el origen del lenguaje; porque sólo cuando aparece la diferencia puede establecerse el juicio, y con el juicio, las cualidades de las cosas y la búsqueda eterna de sus imágenes. “La antítesis entre lo subjetivo y lo objetivo no existe en un principio —afirma Freud. Se constituye luego por cuanto el pensamiento posee la facultad de hacer de nuevo presente, por reproducción en la imagen, algo una vez percibido, sin que el objeto tenga que continuar existiendo fuera”.

Esta posibilidad de “presentificar” la ausencia y de “ausentificar” la presencia es la base del lenguaje y del pensamiento humanos, que se estructuran de manera inconsciente, mucho antes de que aparezca siquiera la sospecha de voluntad individual. Se trata de un proceso totalmente anterior y extraño al yo. “El inconsciente está estructurado como un lenguaje” asevera Lacan, y es esa la base sobre la que se finca la posibilidad de acción humana, que se constituye, pues, en relación y a partir de las leyes del inconsciente.

La realidad ha de ser examinada por el sujeto, en un primer momento, como búsqueda inconsciente del reencuentro con la percepción que nos dejó un objeto, mediante la sensación de placer que éste nos legó. Hay que “convencerse de que aún existe”, en la búsqueda de las imágenes que guarden la nostalgia de ese placer, pues “otra aportación a la separación entre lo subjetivo y lo objetivo proviene —dice Freud— de una distinta facultad del pensamiento. La reproducción de una percepción como imagen no es siempre su repetición exacta y fiel, puede estar modificada por omisiones y alterada por la fusión de distintos elementos”.

Desde esta manera de ver las cosas, en todo caso se puede decir que el ser humano comienza a serlo, en el sentido estricto de la palabra, en tanto “Homo-Sapiens” renacido. “Descubrimos —en palabras de Freud— como condición del desarrollo del examen de la realidad, la pérdida de objetos que un día procuraron una satisfacción real”. La palabra sustituye y recrea al mundo. Lo inventa y lo constituye.

Es a partir de esa primera percepción, de ese primer objeto del placer, perdido antes de la memoria, que el deseo de cada humano se constituye

y que su historia singular se amarra. Una primera afirmación inconsciente se establece mediante y como punto de partida de la absorción; y después de expulsar infinitas veces más lo que no se absorbe, hay una primera vez en que en lugar de lo expulsado y después de una afirmación inconsciente aparece la proyección del objeto del placer perdido y su consecuente denegación. El pequeño que se chupa el dedo, recupera de alguna forma el placer de mamar, y en el dedo en el que encuentra un sustituto, proyecta el seno. Pero ese dedo no es el seno. ¿Qué importa? Es a partir de esta mentira del sujeto que se constituye el mundo del yo y se echa a andar el carruaje del deseo y de la cultura. Es por tanto el lugar de la denegación, aquel en el que nace el juicio intelectual y también el lugar exacto en que se constituye el yo.

El alma humana surge en su estructuración simbólica, en el campo del lenguaje y del deseo, sujeta al inconsciente y a sus leyes, y se expresa en tanto conocimiento y civilización, de manera constitutiva y consciente a partir y a través de las diversas y variadas historias de su yo, en el devenir del tiempo.

Parecer ser pues, que cuando venimos al mundo no tenemos personalidad, que no somos nadie. Empezamos a ser para nuestros padres antes que para nosotros mismos. Resulta que nuestro yo está primero externo a nosotros, en los otros. Son estos otros quienes nos ven desde afuera con amor, los que determinan al principio nuestra mirada propia. Comenzamos a ver la vida como ellos la ven, mediatizados siempre por sus palabras. Somos alguien a partir de que nos ponen nombre propio, y nuestra imagen personal fluye en una continuada balanza de confrontaciones. Para devenir en yo —explica Lacan—² la pequeña criatura humana se deberá identificar primero con un objeto exterior a ella; de tal manera, el primer acto en que se constituye el yo lo proporciona una primer fascinación por otro. Este enamoramiento anticipa nuestro ser.

Si como afirma Lacan, el deseo es el deseo del otro; si para devenir en yo debo amar primero a otro (querer ser o tener lo del otro) en un sopesamiento interminable, termino conformando mi personalidad como si se tratara de una cebolla. Mi vida sería solamente una suma de identificaciones sin corazón ni núcleo, en el caso que no estuviera anclada en el universo simbólico del lenguaje y sus leyes, ese que dirige la historia variada y diversa de mi yo. No olvidemos que la denegación, lugar del origen del yo, ha demostrado que la verdad del yo es la mentira del

² Jacques Lacan, "La tópica de lo imaginario" y "Más allá de la psicología", en *Seminario I, op. cit.*, pp. 119-297. "El estadio del espejo. . ." (pp. 11-21) y "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis" (pp. 59-140), en *Lecturas estructuralistas de Freud*, México (Escritos I). Siglo XXI, primera edición en castellano, 1971.

sujeto, el cual se ha estructurado previamente al yo, de manera inconsciente.

La ideología que es un efecto del yo, conforma un aparato envolvente, cuya misión es cubrir nuestras mentes con una retícula uniforme, que tienda a hacernos creer que la univocidad es posible, que todos queremos lo mismo, porque todos pensamos igual. Generar correlatos de nuestro yo, hacer que el conjunto de los conciudadanos se comporte y conforme un solo yo (el yo de masas) frente al poder establecido, es la meta de la ideología y la característica central de los productos de la cultura de masas. Esa verdad de la ideología evidentemente es una mentira del sujeto. Nuestro carácter, nuestro saber y nuestros prejuicios que conforman la tan defendida personalidad individual, resultan todo lo contrario a la pretendida singularidad que supuestamente representa en el habla común la palabra individuo. Triste concepto éste: nuestro yo no es más que un tú, y mi originalidad no va más allá de tu designio. Círculo vicioso y trampa mortal resulta esta personalidad individual que la sociedad de consumo y su consecuente ideología valoran tan cara. Pues ¿qué queda del hombre de fuerte personalidad si pierde su carro *idem*, o su traje de cierta marca o su cuenta bancaria?

Estas cuestiones se muestran de fondo en la clara oposición que se establece entre los términos acuerdo y pacto. El acuerdo implica univocidad, como imagen ante el espejo. El pacto —planteará Lacan mediante la fórmula de la comunicación—,³ por el contrario, supone diferencia. Establece la comunicación como un proceso en que participan al menos dos partes diversas. Decir que en la comunicación el sujeto (emisor) recibe de otro sujeto (receptor) su propio mensaje invertido, implica, en primer lugar, un juego del lenguaje, en el que las significaciones fluyen mediante la reunión y la separación de los significantes. Al contrario del acuerdo en el que la significación, al quedar fijada a un objeto, se torna en signo. El pacto implica la asunción de un compromiso que ubica una labor conjunta; podríamos decir que se refiere a la posibilidad de dialogar (aprender a través del otro). No es lo mismo decir: —“yo soy tu maestro” —y escuchar del otro lado: —“sí, eres mi maestro”—, o recibir como respuesta: —“yo soy tu alumna”. En el primer caso se fija una situación; en el segundo se pacta un compromiso. En el primero se trata de un acuerdo, el segundo implica el reconocimiento mutuo.

Si el lenguaje se funda en el juego de las diferencias, el sentido de la producción cultural encuentra por ello su núcleo en la medida en que las significaciones fluyen y conforman cadenas significantes. Ríos en

³ Fórmula de la comunicación: “El lenguaje humano constituye una comunicación en la que el emisor recibe del receptor su propio mensaje en una forma invertida”; pp. 69, 114, 116-7, 265-6, en “Índice razonado”, Jacques Lacan, *op. cit.*, p. 367.

que la verdad histórica se produce y se rebasa a sí misma una y otra vez en la cadencia de esa constante. Pero sabemos que el poder político se finca en la producción de signos, en la medida en que los dueños de las cosas están fijados a la posesión de éstas y, por lo mismo, cerrados al devenir de la historia.

Identificaciones, catarsis y puesta en escena de fantasías, acuerdos y pactos, es lo que encontramos en el campo de la comunicación colectiva. Producciones que independientemente de su objetividad testimonial o documental, o de su lugar como ficciones, están construidas con el alma y serán recibidas por sujetos.

En cada producto, en cada creación, en cada programa juega la polise-mia, y a la búsqueda de univocidad amarrada desde el ángulo de la ideología se le escapan múltiples tentaciones. Por ejemplo: el héroe de aventuras de alguna película, personaje de moral intachable que se presenta como ejemplo a seguir, procura al mismo tiempo las veleidades del villano que recuperan la otra cara de la verdad, su contraparte evitada y deseada. Detrás de los personajes de las telenovelas que sufren de amor ¿no se halla acaso la realización plena que es para muchas mujeres el estar insatisfechas? ¿No se esconde precisamente el disfrute inconfesado que es sufrir? En la exigencia de la verdad a la amada que se considera infiel ¿no están los Otelos de las telenovelas rivalizando con otros galanes? ¿Lo que realmente importa en estos casos es la verdad del yo, o siquiera el amor de la mujer amada?

En fin, resulta evidente que la comunicación instituida en los medios de la cultura no es un simple accionar de decretos y voluntades. ¿Acaso no es entonces moción de fantasía y sin sentido de existencia hablar de una cultura alternativa que se hace por decreto y con la buena voluntad? Por otra parte, ¿cómo plantear alternativas a la comunicación?

Los modernos medios de la comunicación colectiva son formas de decir las cosas, implican el cómo y son manera del qué. Marcan, además, las posibilidades y las limitaciones de sus contextos históricos. Establecen las relaciones tensas y complicadas del pensamiento y su historicidad. ¿Podemos acaso ubicar el devenir y la existencia de la producción de cultura de los medios de comunicación colectiva en un divorcio del proceso artístico del pasado?, ¿no se trata más bien de una identidad en la diferencia del mismo concepto integrado a los grandes avances de una sociedad fincada en la tecnología y en la ciencia, y no por ello, o precisamente no por ello ajeno a la creación de reinos imaginarios, ni extraño a los ensalmos y a los hechizos mágicos⁴ practicados por la humanidad

⁴ *Apud.*, Freud S. "Totem y tabú", Buenos Aires, Amorrortu Eds., *Obras completas*, Tomo XIII, 1980. pp. 93-94.

desde un principio, a partir y en función de la soberanía misteriosa e inconsciente que siempre y a pesar de la ideología ha exigido para sí el deseo?

Lo expuesto no pretende ser más que una llamada de atención respecto a que no es posible la vida de los medios, sin tomar en cuenta los principios y los efectos fundamentales de la estructura inconsciente del sujeto, ligada a su historicidad como lenguaje. Las alternativas de la comunicación son las mismas que las de la vida humana; por ello, no podemos cerrarnos ni marcar salidas políticas definitivas y menos unilaterales. En el arte como concepto y realización imaginaria de sueños e ideales, es quizá donde —como lo ha sido hasta ahora— hallemos la marca y el fluir de la apertura y la negación por paralizante, de aceptar las verdades absolutas.